

Swedenborg, Kant, Emerson Una lectura trascendentalista

ANTONIO LASTRA*

Resumen: Este ensayo señala la constitución de un mundo de lectores (*Leserwelt*) como una de las metáforas o mitos originales de la Ilustración, tal y como ha sido interpretado por los lectores de Kant en América, especialmente por el trascendentalismo de Emerson. La lectura emersoniana de Kant descubre el arte de leer ilustrado a propósito de la lectura de Swedenborg.

Palabras clave: Ilustración, mundo de lectores (*Leserwelt*), constitución, arte de escribir, inmortalidad.

Abstract: This essay deals with the constitution of a world of readers (*Leserwelt*) as an original metaphor or myth of the Enlightenment, in Kant's readers interpretation in the American philosophy, especially Emerson's transcendentalism. Emerson's reading of Kant discovers the enlightened art of reading in the comparative episode of the reading of Swedenborg.

Key Words: Enlightenment, World of Readers (*Leserwelt*), constitution, art of writing, immortality.

Read... Swedenborg, Immanuel Kant

EMERSON

La lectura no es equiparable a la filosofía: tenemos que pensar que habría filósofos aun cuando no hubiera lectores. Sin embargo, el carácter literario de la filosofía es determinante en cierto sentido; si hubiera logrado expresarse alguna vez sin ambigüedad, una filosofía no escrita —una filosofía que no fuera susceptible de ser leída— habría encontrado tantas dificultades a la hora de su transmisión, conservación o interpretación que los inconvenientes de la escritura se habrían mostrado casi de inmediato preferibles: con esta perspectiva, la variedad de los recursos estilísticos de la filosofía, que la historiografía anterior a la Ilustración consideró *infinita falsae philosophiae exempla*, sería el eco de una voz original que, de otra manera, se habría perdido para siempre. A diferencia del magisterio oral, lo escrito queda y la filosofía escrita obliga a desarrollar un hábito de lectura cuya tendencia, casi desde el principio, ha sido la de convertirse en filosofía o, como Kant escribió, «suplir al entendimiento». La lectura no es la filosofía, pero sin la comprensión de los grandes libros filosóficos no habría filosofía según hemos llegado a entenderla. Leemos más que pensamos. Cuando pensamos en la filosofía nos referimos, de hecho, a las enseñanzas contenidas en ciertos

Fecha de recepción: 11 marzo 2004. Fecha de aceptación: 2 julio 2004.

* Dirección para la correspondencia: Calle de Sierra Nevada, 56. Montepinar (El Esparragal), Murcia, 30163. E-mail: oppidum@eresmas.com

libros y los libros, por su propia naturaleza, están al alcance de cualquiera que sepa leer. «Que cualquiera pueda aprender a leer —escribió Nietzsche en un pasaje clave de *Así habló Zaratustra*, reaccionando contra una antigua confusión entre la filología y la filosofía— corrompe a la larga no sólo el escribir, sino también el pensar.» (*Así habló Zaratustra* era, como sabemos, «un libro para todos y para nadie»)¹.

Que cualquiera pudiera aprender a leer fue, sin embargo, una exigencia de la Ilustración: entre los lectores de Kant habría de contarse a cualquiera. Cualquiera debía formar parte, por derecho propio, del «público entero del mundo de lectores». *Leserwelt* o mundo de lectores era, entre los argumentos racionales de la filosofía crítica, una metáfora kantiana o —tomando prestado el término a Furio Jesi— uno de los mitos originales de la Ilustración: aprender a leer significaría aprender a deletrear los fenómenos de la experiencia; aprender a leer sería, de hecho, la condición de posibilidad de la experiencia humana o de la «salida del hombre de su culpable minoría de edad». Sólo podría atreverse a pensar quien formara parte del mundo de lectores. No sería posible, por tanto, darle a la ‘Respuesta a la pregunta: ¿Qué es Ilustración?’ de Kant otro valor —sobrepuesto al valor de transición entre las distintas *Críticas*— que el valor de lectura que tuvo en las polémicas de la época; su lectura descubre para nosotros, precisamente, las formas de un arte de escribir sometido a la persecución (*Caesar supra grammaticos*), que exige como compensación un arte de leer la respuesta de Kant entre líneas o con la mirada puesta en la escritura reticente o esotérica del autor, preocupado por la censura en un texto que trata, sobre todo, de la libertad de la filosofía para expresarse o, según el lema de la Ilustración, del atrevimiento de pensar.

Sin embargo, la escritura reticente o esotérica de Kant reduce considerablemente el alcance de la ordenación racional del público al que se dirige en una sociedad moderna, que Kant definía como «ser común» o «república» (*gemein Wesen*), de modo que la pregunta por la Ilustración tendría que transformarse paradójicamente, para cobrar sentido en la actualidad, en una pregunta por la constitución misma de un mundo de lectores: el mundo de la libertad y la publicidad de la razón. «Entiendo por uso público de la razón —escribió Kant— aquel que cualquiera, en calidad de *docto*, puede hacer de su propia razón ante el público entero del *mundo de lectores*.» En el enunciado de este mundo importaría más «cualquiera» que la calidad de «docto» y menos quién fuera ese «cualquiera» que el hecho de dirigirse a todo un mundo: el filósofo escribe para todos en general y para nadie en particular. El habitante de ese mundo adquiriría su carta de naturaleza como ciudadano, o lector, por medio de una representación compartida y fiable de la realidad. Kant confirmaría esta dirección del uso de la razón cuando opusiera el mundo de los lectores a una *classis* o «sociedad de clérigos». Por oposición al mundo de lectores, una *classis* o sociedad de clérigos tendría como cometido «comprometerse bajo juramento respecto a cierto símbolo inmodificable, para instaurar así una continua y suprema tutela sobre cada uno de sus miembros y, por medio suyo, sobre el pueblo, perpetuándola de este modo». La sola existencia de una institución semejante «consideraría cerrada para siempre toda ulterior ilustración del género humano». Ni siquiera una época (o el espíritu de una época) podría «aliarse y conjurarse para dejar a la siguiente en un estado que le fuera imposible extender sus conocimientos, depurarlos de errores y, en general, avanzar hacia la Ilustración»².

1 F. Nietzsche, *Also Sprach Zarathustra. Ein Buch für alle und keinen*, I, ‘Vom Lesen und Schreiben’. Véase A. Bosch-Veciana, ‘Lectura i filosofia’, en *Lectures de filosofia. Escrits en homenatge a Jordi Sales i Coderch*, a cura de J. Monserrat Molas i J. A. Vicens, Barcelonasa d’ediciones, Barcelona, 2004, pp. 13-26.

2 I. Kant, ‘Respuesta a la pregunta: ¿Qué es Ilustración?’, *En defensa de la Ilustración*, introducción de J. L. Villacañas, trad. de J. Alcoriza y A. Lastra, Alba, Barcelona, 1999, p. 63 ss; *Crítica de la razón pura*, B 776. Véase F. Jesi, *Mitologie intorno all’Illuminismo*, Pierluigi Lubrina editore, Bergamo, 1999, pp. 19-20, 23-4, 26, 97. La «salida del hombre de

Cuando Kant añadía que no vivía en una época ilustrada, sino en una época de ilustración, no establecía sólo una distinción circunstancial obligado por la prudencia; el último párrafo de 'Qué es Ilustración?' constituye un ejemplo de la ironía y el arte de escribir característicos de la filosofía sometida a la persecución —religiosa en primera instancia y eminentemente política—, pero también localiza y describe los límites de la Ilustración: en uno de sus extremos, Moses Mendelssohn, que había inaugurado poco antes de Kant el debate sobre el significado de la Ilustración, advertía en su propia respuesta que el término «Ilustración» pertenecía «al lenguaje de los libros» y que, en la situación religiosa y política contemporánea, era preferible «que la filosofía guardara silencio» a fin de que no corriera peligro la «constitución»; y, en el otro extremo, J. G. Hamann —en una carta escrita a Christian Jakob Kraus, amigo y lector de Kant como él mismo, tras leer el ensayo de Kant— denunciaba a los ilustrados por formar parte de la sociedad de clérigos y erigir una tutela culpable, en connivencia con el despotismo, ante «el lector menor de edad». La pregunta despiadada de Hamann: «¿Para qué me sirve el traje de fiesta de la libertad si en casa tengo que llevar el delantal de la esclavitud?», se sobreponía a «la unidad de pensamientos» a la que Kant se refería en la nota a pie de página de su respuesta, donde acusaba recibo de la respuesta de Mendelssohn. (Hamann se burlaría continuamente de «los niños que se ejercitan en el mero deletrear» y «los levitas de la última literatura»)³.

Sería difícil mantener una relación de sentido entre los términos «Ilustración», «constitución» y «mundo de lectores» si permaneciéramos en la Europa posterior a Kant, donde la filosofía ha guardado un silencio impenetrable fuera de los libros —de la hermenéutica romántica a la deconstrucción posmoderna— o ha dejado que, fuera de casa, se pierda el significado de la libertad que Mendelssohn proyectaba hacia el sentido común. La ideología alemana y sus interpretaciones tampoco son equiparables a la filosofía. Ha habido excelentes lectores de Kant, sin duda, pero tal vez muy pocos pensadores verdaderamente ilustrados. El resultado es que Europa no se ha constituido nunca como un mundo de lectores: el exilio al que Jesi se refería ha sido incondicional. Para constituir ese mundo de lectores habría hecho falta lo que Stanley Rosen ha llamado, por oposición a la escritura reticente o esotérica, una «retórica de la franqueza», cuya autoría atribuye precisamente a Kant. El vínculo que el propio Rosen establece a propósito de la «ambigüedad trascendental» y la retórica de la franqueza entre Kant y Walt Whitman es, a pesar de la argumentación en contra que lo sostiene, orientador y nos impulsa a establecer un vínculo anterior, y mucho más sólido, entre Kant, o la Ilustración en general, y lo que podríamos llamar el modelo de la independencia americana que podría representar Emerson, el educador de Whitman⁴. La Declaración de Independencia

su culpable minoría de edad» supondría, en la interpretación de Jesi, el ejercicio de un poder que, «por una parte, era un reconocimiento de la experiencia del universo y, por otro, de la experiencia de la separación entre el universo y Dios: de la condición del exilio». Ese poder sería milagroso, pero el milagro no podría ser visto como la manifestación de una fuerza divina sino, al contrario, como una manifestación humana: el milagro sería, precisamente, «la tragedia del hombre religioso que se reconoce capaz de obrarlos sin ayuda de Dios».

3 *¿Qué es Ilustración?*, ed. de A. Maestre y J. Romagosa, Tecnos, Madrid, 1988, pp. 3, 6, 25, 27-8. Véase I. Berlin, *El Mago del Norte. J. G. Hamann y el origen del irracionalismo moderno*, ed. de H. Hardy, trad. de J. B. Díaz-Urmeneta, Tecnos, Madrid, 1997, pp. 82 ss., 196 ss.

Hamann se refirió al «mundo de lectores» en su '*Aesthetica in nuce*', traduciendo libremente el párrafo 191 del *Bruto* de Cicerón: «Des Philologen Publicum, seine Welt von Lesern, scheint jenem Hörsaal ähnlich zu seyn, den ein einziger Platon füllte» («El mundo de lectores del filólogo Público parece asemejarse a aquel aula que únicamente Platón llenaba», '*Aesthetica in nuce*', en *Belleza y verdad. Sobre la estética entre la Ilustración y el Romanticismo*, ed. de M. Cabot, trad. de V. Jarque y C. Terrasa, Alba, Barcelona, 1999, p. 291).

4 S. Rosen, *Hermenéutica com a política*, trad. de X. Ibáñez, Barcelonesa d'edicions, Barcelona, 1992, pp. 66-7.

americana y la Constitución de los Estados Unidos representan —por decirlo con las palabras de Kant— los únicos *ectypa* disponibles en la historia del arquetipo del mundo de lectores y son los primeros ejemplos de un nuevo arte de escribir: un arte de escribir distinto al arte de escribir en condiciones de persecución. Las dos filosofías que genuinamente podríamos reconocer en América reciben, en esta dirección, su nombre de la filosofía kantiana: tanto el trascendentalismo como el pragmatismo demuestran que Emerson y Peirce —por citar sólo a los precursores— fueron lectores de Kant y, seguramente, del tipo que Peirce señalaba como buscadores de la verdad: lectores que tenían una concepción clara de lo que significaba la filosofía crítica y de cuáles eran las fuentes de su poder o, como diría Emerson, lectores que pensaban más que leían. Los libros eran sólo para los momentos de ocio del *american scholar*. (Es sugerente que, tras la hegemonía de la filosofía analítica en los Estados Unidos —que Peirce habría considerado un merodeo en busca de los errores de Kant—, se haya vuelto a la filosofía kantiana donde Kant la dejó: más allá de las contraposiciones entre dogmatismo y escepticismo. La obra de Henry F. Allison es ejemplar al respecto y la reciente biografía kantiana de Manfred Kuehn —escrita al hilo de la creación de la North American Kant Society en 1986— una excelente actualización)⁵.

A diferencia de lo que ocurre con el pragmatismo, continua (aunque parcialmente) rehabilitado, no es habitual reconocer a Emerson y los trascendentalistas como filósofos⁶. A pesar de que el propio Emerson reconocería explícitamente el ascendiente de la filosofía kantiana en la conferencia que dedicó a ‘El trascendentalista’, él mismo y los trascendentalistas fueron considerados en seguida, con términos polémicos en el seno de la filosofía kantiana, «visionarios» o «entusiastas»⁷.

Emerson fue, por lo común, más austero de lo que suele apreciarse o, si se puede emplear en un contexto kantiano la palabra, más puritano de lo que él mismo llegaría a considerarse nunca. Puritanismo era, de hecho, como trascendentalismo, sinónimo de idealismo, «idealismo según aparece en 1842».

El idealismo del presente —escribió Emerson— toma el nombre de trascendental del uso que hace del término Immanuel Kant, de Königsberg, que replicó a la filosofía escéptica de Locke, el cual insistía en que no había nada en el intelecto que los sentidos no hubieran experimentado antes, mostrando que había una clase de ideas, o formas imperativas, que no pro-

5 En lo que sigue me refiero al trascendentalismo y a un episodio de la literatura comparada de la filosofía. Para el pragmatismo, remito al estudio de J. Alcoriza, ‘Implicaciones del pragmatismo de Charles S. Peirce y William James’, en *Daimwn. Revista de Filosofía*, 22 (2001), pp. 117-26.

6 Estoy en deuda con Stanley Cavell, que ha renovado el interés filosófico por Emerson. Véase *Emerson’s Transcendental Études*, ed. by D. J. Hodge, Stanford University Press, Palo Alto, 2004, que recoge todas sus contribuciones al estudio de Emerson.

7 Véase O. B. Frothingham, *Transcendentalism in New England. A History*, Introduction by S. E. Ahlstrom, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1972, p. 34: «Habiéndose desplazado y disipado el mundo exterior, resuelto en pensamiento impalpable, ¿qué sustituto podía haber? ¿No debía convertirse el hombre en visionario y echar a perder su vida en un sueño?»; p. 139: «Era un prejuicio extendido que los trascendentalistas eran visionarios y entusiastas». El capítulo dedicado a Emerson se titula, precisamente, ‘The Seer’, aunque Frothingham olvida que Emerson modificó el significado de la visión por la palabra: «Seer is a sayer...». La obra de Frothingham, publicada en el centenario de la Declaración de Independencia, constituye una despedida a la tradición trascendentalista y merece ser estudiada, a pesar de su carácter histórico, casi positivista, por sí misma: una pauta de lectura podría ser el uso que Frothingham hace del término «filosofía».

Richard Geldard ha renovado el prejuicio visionario en nuestros días con una serie de libros que, al menos, habría que leer; véase, por ejemplo, *The Esoteric Emerson. The Spiritual Teachings of Ralph Waldo Emerson*, Lindisfarne Press, New York, 1993 (pp. 111-115 en lo referente a este ensayo).

cedían de la experiencia, sino que hacían posible la experiencia y que en sí mismas eran intuiciones mentales, a las que llamó formas *trascendentales*⁸.

Como Frothingham advertía, la lectura emersoniana del idealismo era, sin embargo, bastante liberal: las diferencias entre Kant y sus lectores en Alemania (de Jacobi a Fichte) eran, para los lectores americanos, menos importantes que las simpatías que el método «trascendental» había suscitado como respuesta al escepticismo o materialismo que dominaba la filosofía de la época y que, en los Estados Unidos, amenazaba con truncar la interpretación más favorable de la Constitución como mundo de lectores. La refutación del escepticismo, como la respuesta a la pregunta por la Ilustración, sólo podía tener lugar en ese mundo de lectores: antes incluso que por el uso público de la razón, la filosofía en América se reconocería por una ética de la literatura en una situación ideal del habla política tras la cláusula sobre la libertad de expresión de la Primera Enmienda. Que la filosofía de Kant podía ser entendida como una respuesta o una serie de respuestas al escepticismo —en una situación de práctica disimulación de la libertad de expresión— es algo sobre lo que casi todos sus lectores actuales llegarían a estar de acuerdo, pero no siempre se ha prestado la atención debida al hecho de que la respuesta más clara al escepticismo coincidiría, precisamente, con la constitución de un mundo de lectores. Que América podría ser entendida o trascendida, tras la Declaración de Independencia y la Constitución, como una *Leserwelt* o mundo de lectores y, en consecuencia, como una superación del escepticismo es algo sobre lo que, sin embargo, no todos los lectores de Kant llegarían a estar de acuerdo, aunque nuestra apreciación del trascendentalismo como filosofía, o como algo más que mera literatura —una recepción poética en deuda con las grandes traducciones de los románticos alemanes e ingleses—, depende de que alcancemos un grado de entendimiento lo suficientemente amplio y común al respecto; en cualquier caso, la filosofía trascendentalista descansaría sobre el supuesto de la retórica de la franqueza como respuesta a la ignorancia y la incomunicación. Emerson, que traduciría el concepto kantiano del mundo de lectores hacia el final de su vida —al resumir sus meditaciones sobre la poesía y la imaginación con las que empezaba su último libro—, fue consciente de que el significado de América, el significado mismo de la escritura constitucional, dependía de la trascendencia de un «World of Readers» donde el uso público o privado de la razón obedeciera a algo distinto a las consideraciones de la prudencia o las prohibiciones de la censura que matizaban fatalmente la respuesta de Kant; por ejemplo, podía obedecer a una ética de la literatura que fuera capaz de representar lo que en la vida política había quedado sin representación o no habría podido ser representado nunca. *Walden* de Thoreau es, en mi opinión, el libro por excelencia del mundo de lectores al que Emerson y el trascendentalismo se dirigían⁹.

La ausencia de representación difiere, precisamente, según se haya constituido o no un mundo de lectores; un mundo que, en realidad, es una piedra de toque de la imaginación: los fantasmas son más poderosos en un reino de sombras que en una república ilustrada. Si, de acuerdo con Frothingham, los *data* trascendentalistas eran «esotéricos y estaban rodeados del encanto de una intimidad sagrada, sobre la que el sentido común y el entendimiento crítico no podían intervenir»¹⁰, Emerson y los tras-

8 R. W. Emerson, 'The Transcendentalist', en *Essays and Lectures*, ed. by J. Porte, The Library of America, New York, 1991⁶, pp. 193, 198.

9 Sobre la expresión emersoniana «World of Readers», véase R. A. Bosco, 'Poetry for the World of Readers and Poetry for Bards Proper: Poetic Theory and Textual Integrity in Emerson's Parnassus', en *Studies in the American Renaissance 1989*, ed. by J. Myerson, University Press of Virginia, Charlottesville, pp. 257-312.

10 O. B. Frothingham, *Transcendentalism in New England*, p. 303.

centualistas habrían sido lectores distintos de Kant o, simplemente, no lo habrían leído o lo habrían leído en la estela del mundo de lectores de Hamann, para quien cualquier libro había de leerse como la Biblia; pero el esoterismo emersoniano no tenía nada que ver con el misterio de iniquidad que los idealistas alemanes hicieron de la realidad política en ausencia de una verdadera constitución. Emerson y los trascendentalistas dieron el paso que Kant habría dado en caso de haberse constituido alguna vez en Europa un mundo de lectores y hacia el cual apuntaba inequívocamente el método crítico. Si pensáramos de otro modo, el único criterio de significado seguiría siendo el de la filosofía analítica y la obra de Kant sería en su conjunto una yuxtaposición insostenible de condiciones favorables y desfavorables de la experiencia humana. Al insistir, por ejemplo, en el postulado de la inmortalidad —sin el cual sería inconcebible el pragmatismo— o renovar el valor literario de la imaginación, Emerson se mostraba como un lector de Kant en el terreno de la metafísica, tal y como Kant había definido en la práctica moral la metafísica; el argumento de la vida futura no era incompatible con el dolor que cualquier negación escéptica produce. Emerson llamaría «prospectivo» al atrevimiento a pensar y Thoreau diría que falta, en ausencia de un pensamiento atrevido, un trasfondo adecuado en nuestras vidas. Dentro y fuera de los libros, la función de la filosofía reside en su capacidad para dar una respuesta a las preguntas naturales de la razón, no en guardar silencio. La escritura filosófica debía ser franca al respecto.

La escritura de Emerson lo era: «No hay —diría de sí mismo y de la filosofía— trascendentalistas puros». Ninguna otra acusación se ha formulado con más insistencia que la de antinomianistas contra Emerson y los trascendentalistas; en rigor, es la vieja acusación de impiedad que ha recaído siempre sobre la filosofía y que Kant soportaría hasta el final de su vida: *El conflicto de las facultades* (especialmente el último tratado) podría ser leído a la luz de un conflicto mucho más antiguo. Rosen se ha apoyado implícitamente en ese cargo para denunciar la «anarquía», el «silencio» y la sumisión a la autoridad política a los que supuestamente conduciría la retórica de la franqueza. Emerson, sin embargo, llamó a esa anarquía el «exceso de fe» que no llega a darse nunca y que, sin embargo, es preferible a la falta de fe; es precisamente la falta de fe —una fe práctica en las posibilidades de la razón— lo que impide cualquier ejercicio racional. El inconformismo, por el contrario, podía destruir de raíz el escepticismo¹¹. Es significativo, con esta perspectiva que mantiene unidas la disidencia y la piedad, que Kant y Emerson coincidieran en prestar atención a la obra de Emanuel Swedenborg, o que fueran sus lectores, y que la lectura de Swedenborg pueda servirnos para entender la lectura emersoniana de Kant, así como la escritura reticente o esotérica de la Ilustración en el límite mismo de la franqueza o de lo que la filosofía podía decir a sus lectores. Que la escritura de *Los sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica* tuvo, al menos, esa función retórica lo prueba la carta que Kant envió a Mendelssohn para justificar su libro y de la que suele citarse un pasaje que podría servir de prólogo al largo silencio al que Kant se entregaría hasta la publicación de la *Crítica de la razón pura*: «Pienso muchas cosas —escribió Kant— que nunca tendré el valor de decir, pero jamás diré algo que no piense»¹². En realidad, la escritura de *Los sueños de un visionario* exponía una filosofía de la lectura: el entendimiento debía suplir, por una vez, a los libros de Swedenborg, cuyo propósito había sido desarrollar una exégesis definitiva del libro o la

11 R. W. Emerson, 'Character', en *Essays and Lectures*, pp. 500-1: «Nonconformity... destroys the skepticism». Véase R. P. Wolff, *In Defense of Anarchism*, Harper & Row, New York, 1976. Wolff otorga a sus planteamientos una «legitimidad» kantiana.

12 I. Kant, *Los sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica*, ed. de P. Chacón e I. Reguera, Alianza, Madrid, 1987, p. 122. (La carta a Mendelssohn es de 8 de abril de 1766.)

escritura por antonomasia, la Biblia: «En la Palabra contemplada con su propia luz —escribió Swedenborg en un resumen de su doctrina— no hay ninguna contradicción»¹³. Para Kant, el lector habría de preferir una teoría que prometiera un acuerdo universal. Ése era, en lugar de la particularidad o ausencia de contradicción de las visiones de Swedenborg, «el motivo suficiente para escribir un libro» al que Kant se refería en el prólogo. Si el entendimiento debía suplir al libro, los libros de Swedenborg cumplirían una función opuesta y obligarían a Kant, como lector, a llevar a cabo un examen de conciencia tan escrupuloso en la parte dogmática como satírico en la parte histórica en las que dividía su ensayo. «El hombre maduro —escribía Kant— se convierte en el sofista de su ilusión juvenil.» De la ilusión juvenil a la «ilusión trascendental» de la *Crítica de la razón pura* aún había mucha distancia y Kant la recorrería toda sin vacilar; pero *Los sueños de un visionario* habían anticipado una «esperanza del futuro» que podía ser, en efecto, tan ilusoria en la juventud como desde un punto de vista crítico. De este modo, como lector, Kant podía lamentar el estilo vulgar de Swedenborg o que las circunstancias de sus lectores fueran «distintas a las de una recepción ideal» (es decir, que no hubiera un mundo de lectores), pero como pensador estaba obligado a velar por que no hubiera un tratamiento subrepticio del problema fundamental que la lectura de Swedenborg ponía de relieve, a pesar o a causa de la superficialidad o exuberancia espirituales: «Nunca ha existido —escribía Kant— un alma recta que haya podido soportar la idea de que todo termine con la muerte y cuyo noble ánimo no se haya elevado hasta una esperanza futura».

La Biblia no fue nunca para Emerson, que comenzó su carrera como predicador, una autoridad sin contradicciones; con la Biblia, de hecho, Emerson se comportaría como con los demás libros y como se comportó con los de Swedenborg, a quien leyó durante toda su vida, probablemente sin acusar tan íntimamente su lectura como Kant: Emerson pudo aprender muchas cosas de Swedenborg que Kant no se habría atrevido a confesar. En el último ensayo que compone su obra y al que daría el nombre de 'Inmortalidad', Emerson retomaría el problema de la metafísica que había sido determinante en la lectura kantiana de Swedenborg y que acabaría convirtiéndose en uno de los postulados de la razón práctica. La última lectura emersoniana de Swedenborg es insólita y prepara al lector para el pragmatismo: el «cielo inteligible» de Swedenborg no sería, en realidad, sino una «continuación de nuestra experiencia terrenal». Emerson atribuía a Swedenborg la «revolución» que había tenido lugar en el pensamiento sobre la muerte, gracias a la cual podríamos ver «la muerte como un acontecimiento natural que hemos de afrontar con firmeza». Como Kant en la *Crítica de la razón práctica*, Emerson consideraría «completamente real» su idea del cielo. «Leed... a Swedenborg, a Immanuel Kant —añadía— y os dirán cuáles son las leyes sustanciales del entendimiento»¹⁴.

Swedenborg fue para Emerson un hombre representativo¹⁵. En un mundo de lectores como el formado por la tradición constitucional americana, el lector es también elector y determina el valor de la representación de lo que lee. La opción emersoniana respecto a Swedenborg fue el misticismo: como Boehme, Swedenborg habría visto que las cosas y los hombres eran un símbolo. Swedenborg fue tan importante para Emerson como para Kant y le dedicaría el más largo de los ensayos que escribió, pero los motivos biográficos e incluso autobiográficos que Emerson (como Kant) podía

13 Véase E. Swedenborg, *El habitante de dos mundos. Obra científica, religiosa y visionaria*, ed. de C. a Blom-Dahl y J. A. Antón, Trotta, Madrid, 2000, p. 239.

14 R. W. Emerson, 'Immortality', en *Letters and Social Aims (1875), Works of Ralph Waldo Emerson*, Routledge, London, 1894, pp. 498-505, p. 504.

15 R. W. Emerson, 'Swedenborg; or, the Mystic', en *Representative Men (1849), Essays and Lectures*, pp. 661-689.

haber esgrimido para escribir no predominarían sobre la necesidad de incluir a Swedenborg en una dirección de pensamiento en la que sólo podría constituir un indicio: «En toda la literatura — escribió Emerson — no hay un solo libro que haya desvelado científicamente el simbolismo de las cosas». Tampoco los libros de Swedenborg lo habían desvelado; escritos en «el más íntimo de los cielos», habrían de leerse con cuidado para que no suplieran al entendimiento. Con Swedenborg, dirá Emerson, «siempre estamos en una iglesia», y una iglesia no es un mundo de lectores. La conclusión emersoniana es prácticamente idéntica a la de Kant: para convertirse en una referencia universal, Swedenborg habría debido aferrarse al sentimiento moral, más que al sentimiento de dependencia que la teología protestante sublimaría, en lugar de concretar su visión en el símbolo de la fe cristiana. Swedenborg sería, en consecuencia, un dogmático. La última palabra de Emerson sobre Swedenborg sería definitiva; lo era, de hecho, en el conjunto de su obra: «La verdadera señal de una gran naturaleza es que se proyecta a un primer plano y, como el aliento de los paisajes matinales, nos invita a avanzar». Por el contrario, «Swedenborg — dirá Emerson — es retrospectivo».

Toda la obra de Emerson gira alrededor de la contraposición entre lo que resulta retrospectivo y lo que se proyecta a un primer plano. «Nuestra época es retrospectiva y erige los sepulcros de los padres.» Emerson había empezado así *Naturaleza*, su primer libro, cuyo último capítulo se titulaba 'Prospectos'. En 'Inmortalidad', Emerson reiteraría su declaración de independencia: «Todo es prospectivo».¹⁶ Todo, salvo la obra de Swedenborg. «Creo que ya no será leído»: como Kant, Emerson juzgó que Swedenborg no tendría lectores en el futuro. No deja de ser significativo, por tanto, que, en el orden de los hombres representativos, al dogmático Swedenborg le sucediera el escéptico Montaigne y que la primera página que Emerson escribió sobre Montaigne fuera una vuelta a la fatalidad y la exclusividad de la «clase literaria» cuando olvida la existencia de un mundo de lectores.

16 Véase J. Alcoriza y A. Lastra, 'Emerson transcendens', en R. W. EMERSON, *La conducta de la vida*, Pre-Textos, Valencia, 2004.